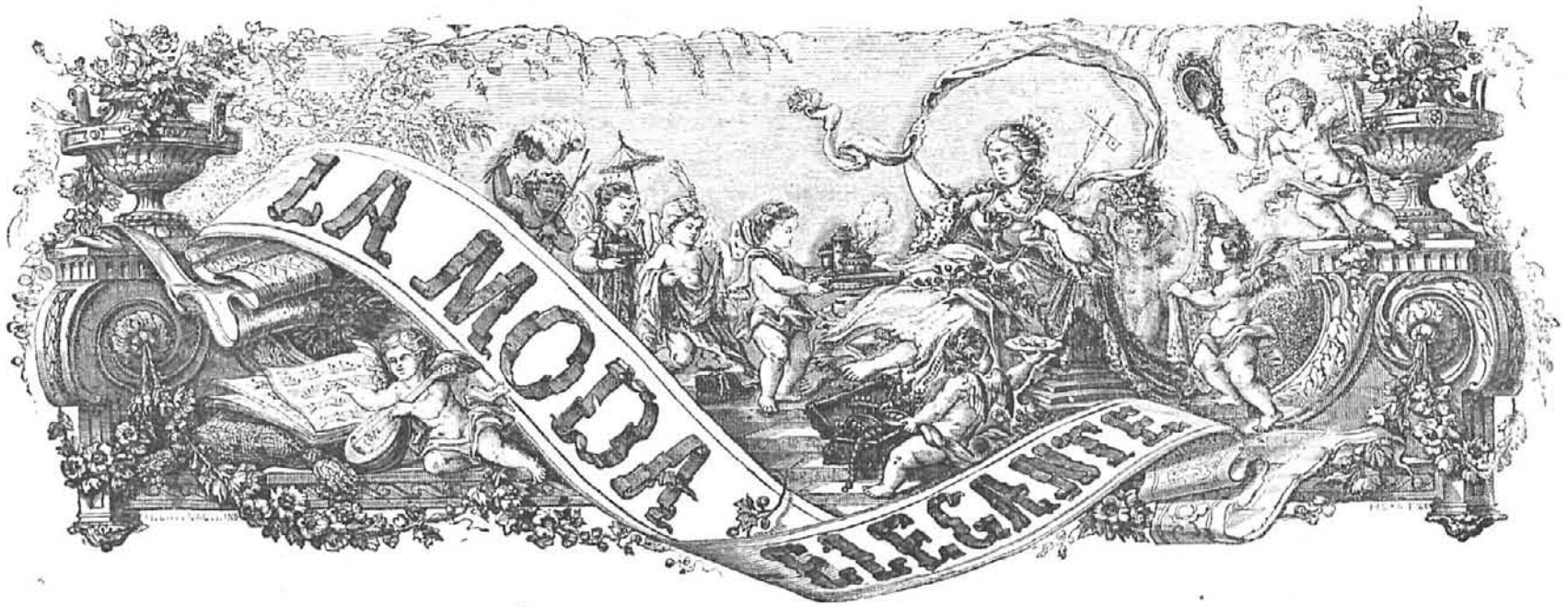


AÑO XXIII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

NUM. 38.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

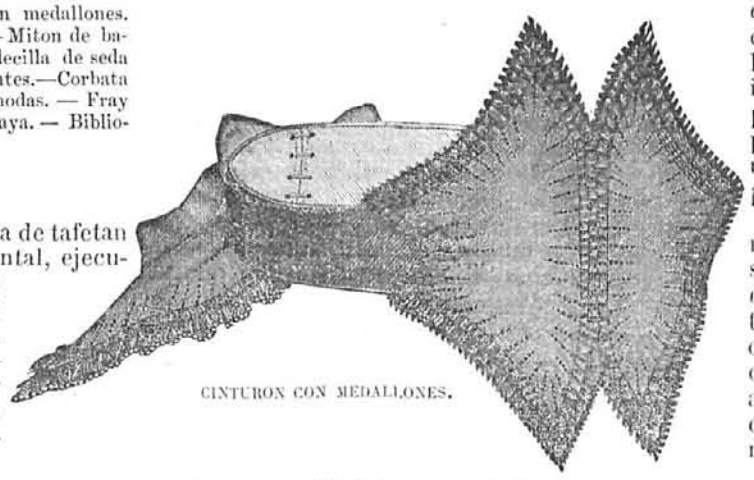
PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes. — Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR PROPIETARIO: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes. — Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs. — Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.—Chaqueta Margarita.— Cinturon con medallones. —Cinturon-coselete.—Puf-taburete de piano.—Miton de batista cruda.—Capota de piqué para niño.—Redecilla de seda roseta.—Tirantes para niño.—Tira para tirantes.—Corbata mariposa.—Corbata escocesa. — Grabado de modas. — Fray Juan.—César de Vermont.—El corredor de playa. — Bibliografía.—Advertencia.

Chaqueta Margarita.

Esta chaqueta es de *gros-grain*, forrada de tafetan negro, y se adorna con un bordado oriental, ejecutado con arreglo á las indicaciones que se han dado en uno de nuestros últimos numeros acerca de este *bordado oriental*. El dibujo publicado entonces servirá para esta chaqueta, que se redondea por delante, con faldoncillos por detrás; se la orla con un galon y un fleco de bellotitas.



CINTURON CON MEDALLONES.

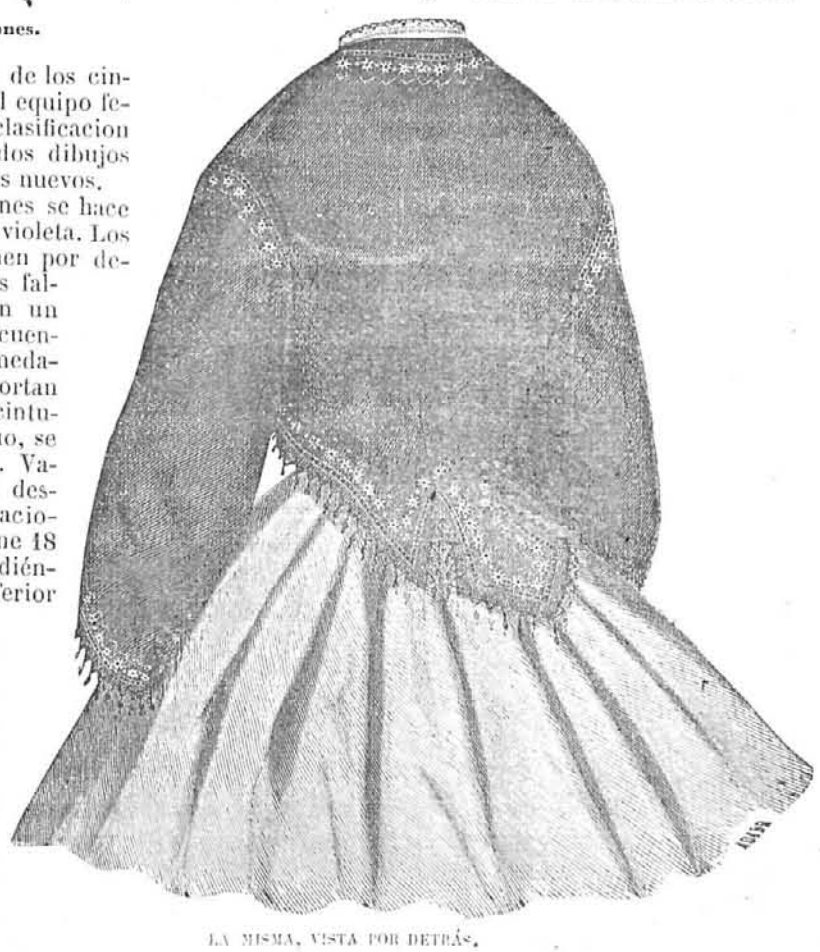
Cinturon con medallones.

El número y la variedad de los cinturones que hacen parte del equipo femenino, no se prestan á clasificacion alguna. Hoy publicamos dos dibujos que representan cinturones nuevos.

El cinturon con medallones se hace de tafetan negro y tafetan violeta. Los dos medallones que se unen por delante van, así como las faldetas, adornados con un bordado hecho con cuentas negras talladas; medallones y faldetas se cortan de tafetan violeta; el cinturon, *propiamente dicho*, se hace de tafetan negro. Vamos á agregar á esta descripcion algunas explicaciones. Cada medallon tiene 18 centímetros de alto, midiéndolo desde la punta inferior á la superior; 11 centímetros de ancho, desde el medio del delantero hasta el medio de una de las dos puntas del lado; 8 centímetros de ancho, desde el medio del delantero hasta la punta; otros 11 centímetros de ancho desde el medio del delantero hasta el medio de la segunda punta.— Desde esta, el medallon se encorva hasta la punta inferior; luego sesga, sin encorvarse tanto, hasta la punta superior. Cada una de las rayitas que se ven por el lado de adentro del encage, se compone de una cuenta gruesa, de una mediana, y de cuatro pequeñas que van disminuyendo de grueso.

Cada una de las dos partes que forman el cinturon tiene 28 centímetros de largo (mas ó menos segun el talle) y 4 centímetros de alto. Uno de los *extremos de cada trozo está cortado en línea recta*; en ellos se hacen ojetes para cerrar el cinturon con cordones, ó bien se le ponen corchetes. El otro extremo se corta en punta de modo que se adapte á la abertura que hay entre las dos puntas que hay en cada lado. En este sitio el cinturon tiene 5 centímetros y medio de ancho; se le dismi_

CHAQUETA MARGARITA, VISTA POR DELANTE.



LA MISMA, VISTA POR DETRÁS.

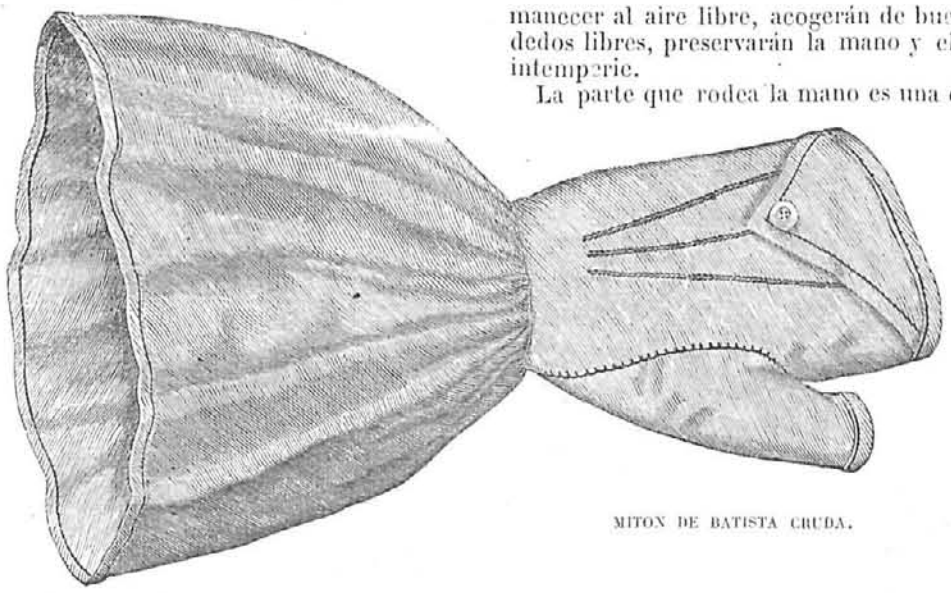
© Biblioteca Nacional de España

nuye insensiblemente en un centímetro. Esta parte del cinturon se corta en tafetan negro.

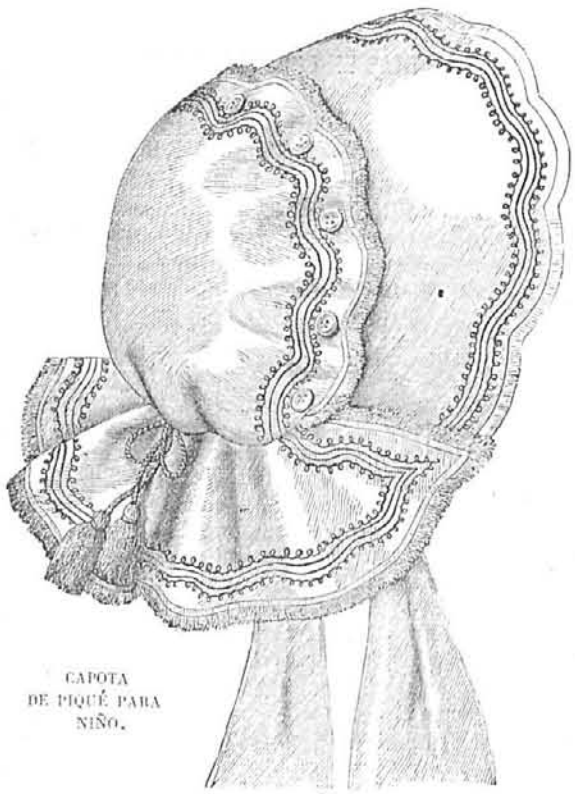
Cada faldeta tiene 20 centímetros y 1/3 de largo, por 14 de alto. Esta línea (la del alto) sesga un poco. Partiendo del extremo inferior de esta línea, se sesga del todo, para unirse al borde superior puntiagudo.

Los diversos trozos que componen el cinturon se forran de percal muy fuerte, luego de seda. Una ballena atraviesa cada medallon, desde la punta superior á la inferior. La guarnicion se compone de dos órdenes de guipur negro, ligeramente fruncido, de 1 centímetro de ancho. Al rededor del cinturon negro se pone un vivo violeta.

El guipur que guarnece las faldetas tiene 3 centímetros de ancho; sobre él corre un segundo guipur de 1 centímetro de ancho. Despues de ejecutado el bordado de cuentas, se forran las faldetas, y sobre la línea superior, que es recta, se forma un pliegue. Se cose cada faldeta debajo del cinturon, partiendo del extremo de esta; para cubrir el punto de union del cinturon, se pone detrás un lazo de cinta violeta, que tenga 4 centímetros y medio de ancho.



MITON DE BATISTA CRUDA.



CAPOTA DE PIQUÉ PARA NIÑO.

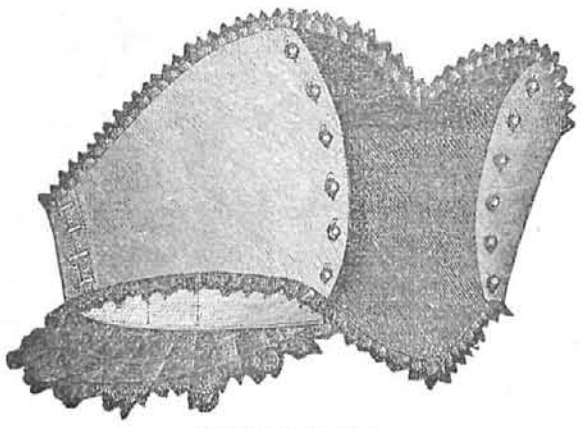
Cinturon coselete.

Este cinturon, que se ataca por un lado, se hace de tafetan azul, con peto de tafetan negro, cortado en forma de corazon por su borde superior.

El peto tiene doce centímetros de alto, cuando se le mide desde el punto mas elevado de él hasta el borde inferior; en el medio tiene 8 centímetros de ancho. El borde inferior forma una punta. Se le escava por cada lado (véase el dibujo) y luego por su borde superior. En el sitio en que se une el cinturon propiamente dicho al peto, ámbos tienen el mismo ancho, pero este ancho disminuye con bastante rapidez, y se reduce á 6 centímetros y medio en el sitio en que van puestos los cordones para cerrar á aquel, y por consiguiente en el lado opuesto. Este cinturon se forra como el anterior, se le guarnece al rededor con un encage negro ligeramente fruncido, que tenga 1 centímetro y medio de ancho; en el medio por delante, se pone una ballena, y otra debajo de cada brazo.

La faldeta se corta en tul negro rígido; se la redondea, luego se la cubre con tres órdenes de encages que tengan 3 centímetros de ancho. Para el primero de ellos se emplean 57 centímetros; para el segundo 53; para el tercero y último, cosido junto al cinturon, 38 centímetros, todos de encage negro.

Uno y otro de estos cinturones pueden llevarse con trages blancos, ó bien con trages guarnecidos con tafetan, pero es preciso para esto que el color de la guarnicion sea adecuado al del cinturon.



CINTURON COSELETE.

Puf y taburetes.

N.° 1.—*Puf-taburete de piano.*—Este nuevo asiento sirve alternativamente de taburete de piano y de piano y de puf. Un fuerte tornillo de hierro está dispuesto en el medio del asiento, y sirve para elevarlo á la altura que se quiera para taburete de piano. El espeso fleco que lo rodea sirve para cubrir este tornillo interior; bájase el tornillo, y el taburete queda convertido en puf. Esta nueva invencion destrona los antiguos taburetes de piano, incómodos ya por no estar en armonía con la moda que exige hoy una amplitud tan inmensa en los trages. No por eso aconsejo á mis lectoras que hagan un auto de fe con sus actuales taburetes de piano, sino solo que si tienen que comprar uno, den la preferencia á este puf.

TIRANTE PARA NIÑO.

N.° 2.—*Taburete cuadrado.*—Este asiento es del número de los que se llaman volantes, es decir, que figura, así como las sillas de entre-puertas y las de tijera, en el número del mueblaje que no es fijo, y que se pueden cubrir con una tela cualquiera de seda, con un tegido rameado, ó con tapicería; los piés se doran y al rededor del taburete se pone un fleco, y se adorna en cada esquina con una borla.

N.° 3.—*Puf con cogin.*—Los piés son de madera negra esculpida, y terminan por rodajas. El asiento, guarnecido de muelles y de crin, lleva bastas. Puede cubrirse este puf ya de tela semejante á la adoptada para el mueblaje de la habitacion, ya de tela de seda á dibujos recamados. El fleco, muy alto, se adorna con hilos de bolitas.

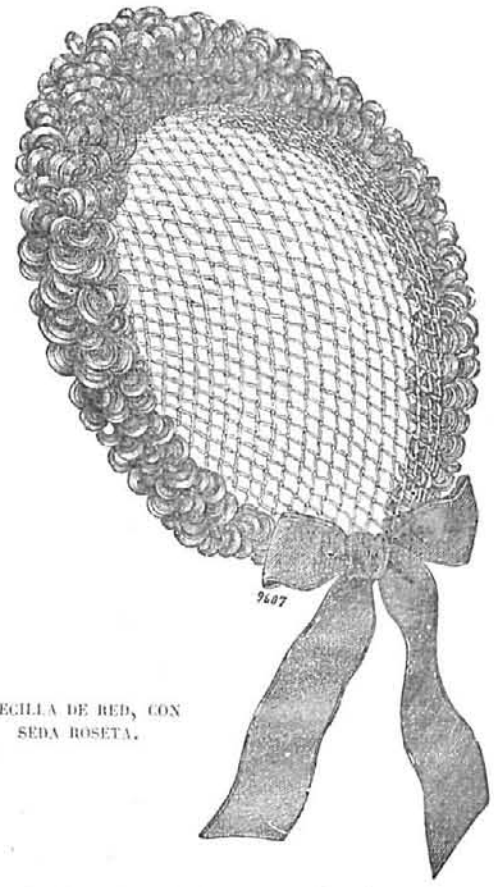
Miton de batista cruda.

Aquellas de nuestras lectoras que se ocupan de jardinería, ó que en esta estacion acostumbran permanecer al aire libre, acogerán de buena gana este miton que, dejando los dedos libres, preservarán la mano y el antebrazo contra los efectos de la intemperie.

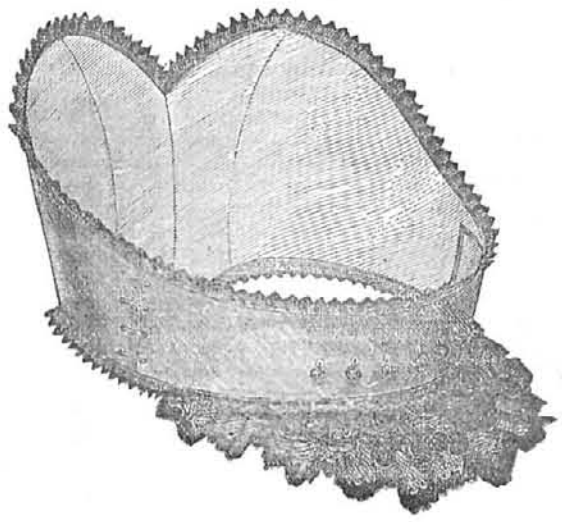
La parte que rodea la mano es una especie de cuadrilongo, que tenga 18 centímetros por un lado, y por el opuesto 18 y medio de largo. Su altura es de 12 centímetros; en estas medidas no comprendemos ni las costuras ni el dobladillo del borde superior, que debe tener medio centímetro de ancho. En el borde inferior (18 centímetros de largo), y á 3 y medio de distancia del lado transversal, se hace una abertura perpendicular de 5 centímetros de alto. Esta parte del miton se corta al sesgo, así como el pulgar.

El pulgar tiene 10 centímetros y medio de ancho. Se encorva un poco por cada lado en una altura de 3 centímetros, despues la curva se ensancha casi inmediatamente, y en este sitio el pulgar tiene 9 centímetros de ancho; va estrechándose luego, y se termina en punta. Se le cose primero desde el borde superior hasta el punto en que se ensancha, despues se recorta en la parte principal del miton una abertura en forma de corazon, que tenga 7 á 8 centímetros de alto, y allí se cose el pulgar. La vuelta que tiene en el borde correspondiente a los dedos, es de la forma de un triángulo perfecto, que tenga 5 centímetros y medio de alto, 9 y medio de ancho en su borde superior, y termina en punta en su borde inferior.

Todas las costuras son pespunteadas con seda negra. En el dorso de la mano se ejecutan tres costuras á punto de cadeneta. Todos los dobladillos se pespuntean por el derecho, así como la abertura, en cuyo extremo superior se hace un punto de feston. La vuelta triangular se pespuntea debajo del



REDECILLA DE RED, CON SEDA ROSETA.

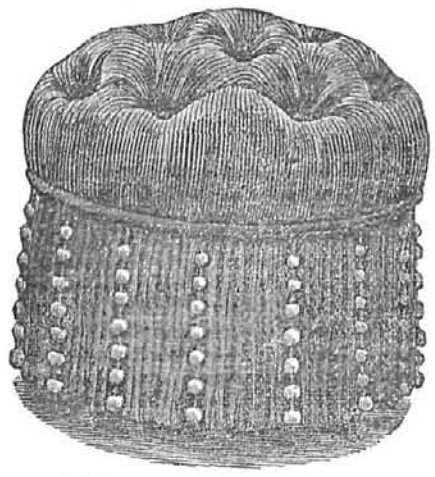


CINTURON-COSELETE VISTO POR DETRÁS.

© Biblioteca Nacional de España

dobladillo del miton, y se pone un boton de porcelana en su punta. La costura que reune el pulgar al resto se hace á punto de feston.

El manguito se compone de una tira de 40 centímetros de largo y 13 á 15 de alto. En uno de los lados se le hace un dobladillo pespunteado, y se cose dejando una aberturita en el borde superior: este se frunce, se le cose al miton colocando las aberturas juntas, y dejando por cada lado de la abertura del manguito un espacio de 2 centímetros



N.º 1.—PUF-TABURETE DE PIANO.

y medio poco mas ó menos; en el miton se pone un boton y un ojal.

Capota de piqué para niño de 3 meses á un año.

Se puede reproducir este modelo en cachemira entretelada ó raso entretelado para otoño ó invierno. El fondo y el bavolet se cortan de una sola pieza, y van solo separados por una jareta, mediante la cual la capota puede oprimirse mas ó menos. El ala es de una sola pieza; se la orla con un galon labrado de algodon; se le ponen botones, para los cuales se hacen ojales en el fondo. Estos últimos pormenores son importantes cuando la capota se hace de piqué, porque permiten separar los dos pedazos que la componen para lavarla y aplancharla fácilmente. El fondo se adorna con un fleco blanco de algodon; el bordado es de trencilla blanco. Por dentro se pone un rizado de tul.

Redecilla de red con seda roseta.

MATERIALES.—25 gramos de seda roseta negra, ó rubia, ó color castaño; cinta de tafetan del mismo color de la seda, que tenga 3 centímetros de ancho.

Esta seda roseta está fuertemente engomada, por un procedimiento particular que no deslustra su color.

La moda de las coronas de rizados, ha hecho nacer esta redecilla, cuya guarnicion imita perfectamente los cabellos rizados. El color de la seda debe ser, por tanto, el mismo que el del cabello.

Para hacer el fondo se toma un molde cuyo contorno (medido con un hilo) sea el de 1 centímetro y 3/4. Se arman 17 mallas, y se trabaja de ida y vuelta, aumentando dos mallas en la primera de cada vuelta. Despues de 8 de estas, se hacen 16 sin aumento,—luego 12, en las cuales se reunen siempre las dos primeras mallas en una sola, menguando así una en cada vuelta. Se corta la hebra, se la vuelve á atar á la hebra por la que se ha principiado, y se ejecuta una especie de ala al rededor del fondo, comenzando por uno de los lados de este. La 1.ª vuelta se compone de 64 mallas, de las cuales las 16 últimas se encuentran sobre las mallas por las que se ha comenzado la labor.

2.ª *vuelta*.—En cada una de las 19 primeras mallas de la vuelta anterior se hace una malla,—en cada una de las 13 siguientes se hacen 3,—para lo demás de la vuelta, se hace una malla en cada malla,

3.ª *vuelta*.—Hasta las mallas que componen grupos de 3, se hace una malla en cada malla. Se pasan las 2 primeras de cada grupo, se hace una en la 3.ª y última. Desde el último grupo (contando su última malla) se hace una malla en cada una de las 17 siguientes; las 18 que suceden á las anteriores se hacen sobre un molde cuyo contorno es de 3 centímetros y medio, y sirven para pasar la cinta que cae sobre la nuca. Desde estas últimas mallas es desde donde contamos la

4.ª *vuelta*.—Molde fino. En cada una de las doce primeras mallas se hace una; en cada una de las 24 siguientes se hacen 3 (las mallas pasadas por los grupos de la vuelta anterior permanecen libres). Se hace en seguida una malla en cada malla, hasta llegar á las largas. Aquí se vuelve la labor para hacer la 5.ª vuelta, semejante á la 3.ª, y se pasan, como en esta, dos mallas de cada grupo. Cuando se ha llegado á las mallas largas se vuelve la labor.

6.ª *vuelta*.—En cada una de las 4 primeras mallas se hace una,—luego 3 mallas en cada una, en cada una de las 4 últimas mallas que preceden á las largas se hacen 2. Se continúa la vuelta haciendo una malla en cada malla larga, y se trabaja en adelante en toda la vuelta de la redecilla.

7.ª *vuelta*.—En cada malla una malla. Se pasan siempre 2 de cada grupo.

8.ª *vuelta*.—En cada una de las 5 primeras mallas, se hace una,—en cada una de las 38 siguientes se hacen 2,—en cada una de las otras se hace una.

9.ª *vuelta*.—En cada malla se hace una, y no se pasa ninguna de los grupos. Esta vuelta se detiene junto á las mallas hechas en las largas; por consiguiente, no se la continúa en la curva de detrás. La redecilla está terminada, menos la guarnicion; para esta, se hace sobre el molde fino una malla en cada malla abandonada en los grupos, cuando en la vuelta en que se trabaja hay grupos; por cima de cada una de estas vueltas se hacen 2 mallas en cada malla, empleando 7 hebras de seda á la vez, y un molde cuyo contorno sea de 4 centímetros. Se hace en seguida una vuelta semejante sobre el mismo molde, siempre con 7 hebras, en todas las mallas exteriores de la red. A través de las 18 mallas largas, se pasan, comenzando por el medio, dos cintas de tafetan, fijando la extremidad de cada una junto á la guarnicion. Con los cabos de esta cinta se hace un lazo (véase el dibujo), estrechando un poco la redecilla.

N.º 2.—TABURETE CUADRADO.

Tirantes para niño.

Nuestro modelo se hace de tiras de cachemira punzó, que tengan por lo menos 5 centímetros de ancho, cortadas al hilo. Se preparan dos tiras de igual largo que han de pasar por cima de los hombros, y además otra tira que atraviesa por delante del pecho.

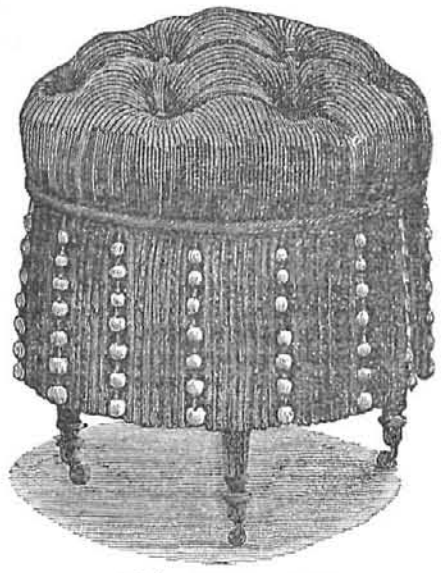
Para ejecutar sobre una de ellas el primero de los dos dibujos, se tomará cinta de terciopelo negro, se la doblará por su medio, en este sitio se la recortará formando puntas, y estas dos tiras recortadas se pondrán á cada lado de la tira de cachemira, dejando que esta sobresalga un poco. Se orlan las puntas con trencilla negra, que se emplea tambien para el adorno que corre sobre la tira recortada á puntas. Las estrellas se hacen negras sobre la cachemira,—encarnadas sobre el terciopelo; los bordes en línea recta del terciopelo se festonean sobre la cachemira con seda negra.

El segundo dibujo se orla por cada lado con una tira estrecha de terciopelo negro. Los cuadros se forman con trencilla negra. En cada punto de union de estos cuadros se hace una cruz con torzal grueso de seda negra; en el centro de cada cuadro se borda un lunar con la misma seda.

Estos dibujos pueden utilizarse para trajes de niño y guardapiés.

Corbata Mariposa.

Nuestro modelo es de tafetan color Habana; la



N.º 3.—PUF CON COGIN.

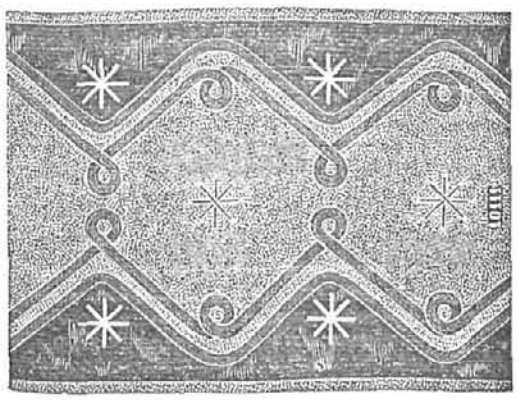
vuelta del cuello se corta al sesgo. Los cabos se cortan de la misma tela, pero á su extremo se pone una aplicacion de tafetan de un punto de color mucho mas oscuro, cuya costura se cubre con un galon de pasamanería mezclado con cuentas de azabache. En cada cabo va un boton de cascabelillos.

El manguito que hace juego con esta corbata, servirá solo para equipo de viaje.

Corbata escocesa.

El mismo color que la anterior, con aplicacion de tafetan escocés á cuadros azules y verdes. El manguito corresponde á la corbata.

Todas las corbatas y manguitos de esta especie se forran de gasa rígida y luego de seda.



TIRA PARA TIRANTES.

FRAY JUAN.

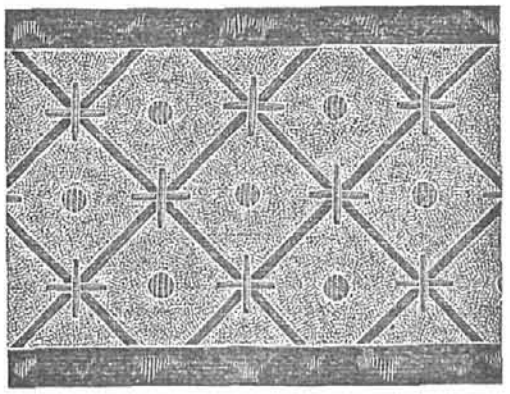
ESCRITA EN FRANCES POR M. LUIS ENAULT,

Y TRADUCIDA

POR DON J. F. SAENZ DE URRACA.

Mr. Alfredo de Talv...no es mas que un abogado de provincia: pasa su vida defendiendo pleitos, en los cuales se litiga por la zanja que sirve de linde á una tierra ó por la medianería de una casa, pero es digno de mejor suerte. Mr. de Talv...tiene algo de literato, y estoy seguro de que escribiria gustoso, de vez en cuando, algun librito, si no temiera que esto le perjudicase en el concepto de los señores procuradores. Todo su estilo elegante y correcto se refugia en los pedimentos, en los cuales despliega mucha retórica. La mujer del regente de la Audiencia dice á todo el mundo que Mr. de Talv.., es un poeta; está suscrito á tres revistas y en el gobierno de la provincia le escuchan como á un oráculo.

La existencia monótona y tranquila de las provincias tiene cosas buenas. Solo ella ofrece todavía al escritor tipos cuya originalidad nativa no se halla al-



TIRA PARA TIRANTES.

© Biblioteca Nacional de España

terada en lo mas mínimo, y si bien le suministra menos ideas, en cambio la concede la ventaja de profundizarlas mas: no se debe vivir siempre en las provincias, pero conviene residir en ellas de vez en cuando.

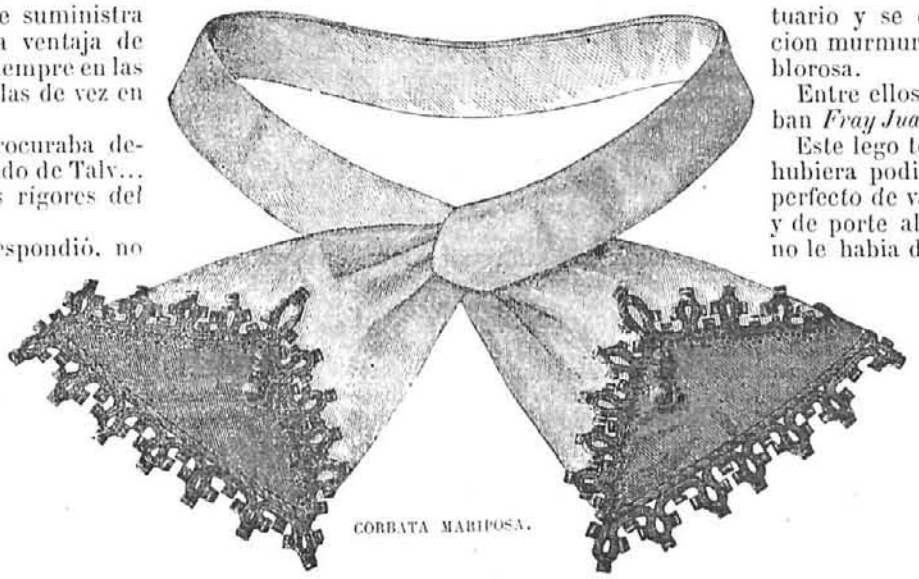
Esto es, por lo menos, lo que yo procuraba demostrar el año pasado á mi amigo Alfredo de Talv... para consolarle de lo que él llama los rigores del destino.

—Quizás sea cierto todo eso, me respondió, no puede usted imaginarse cuántos dramas veo en torno mio.

—Escríbalos V., le dije á mi vez.

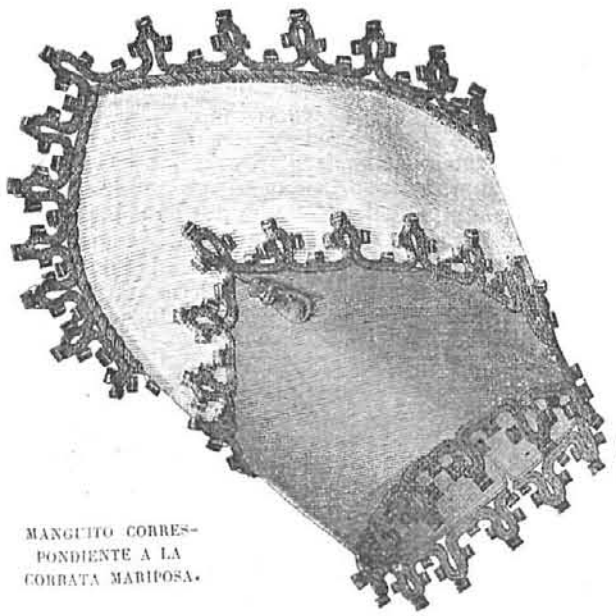
—Ya está hecho, repuso con el ademan triunfante de la traviesa Rosina cuando enseña á Fígaro, entre sus dedos manchados de tinta, la carta que acaba de escribir para el conde de Almaviva.

Y Alfredo, dirijiéndose presuroso á su bufete, sacó unos autos de un cajon y de entre sus folios tomó un manuscrito.



CORBATA MARIPOSA.

Hé ahí mi última obra, me dijo: no tiene mas que un mérito el de su sinceridad. Es una historia verdadera: no me ha costado mas que el trabajo de escribirla. Se la doy á usted para que haga de ella lo que mejor le cuadre; solo que, si llega V. á imprimirla, le ruego que no publique mi nombre, porque entonces perderia la confianza hasta de los señores alguaciles, y en las provincias se necesita a todas las personas.



MANGUITO CORRESPONDIENTE A LA CORBATA MARIPOSA.

Me llevé el manuscrito y le doy á luz tal y como le recibí. Solo he suprimido las exclamaciones y admiraciones, que se hallaban sobrado multiplicadas, y dos ó tres digresiones cuya elocuencia de estilo forense perjudicaba, en concepto mio, á la sencillez de una narracion tan conmovedora.

Dicho esto como á manera de prefacio, hé aquí ahora lo que leí en los papeles de Alfredo.

I.

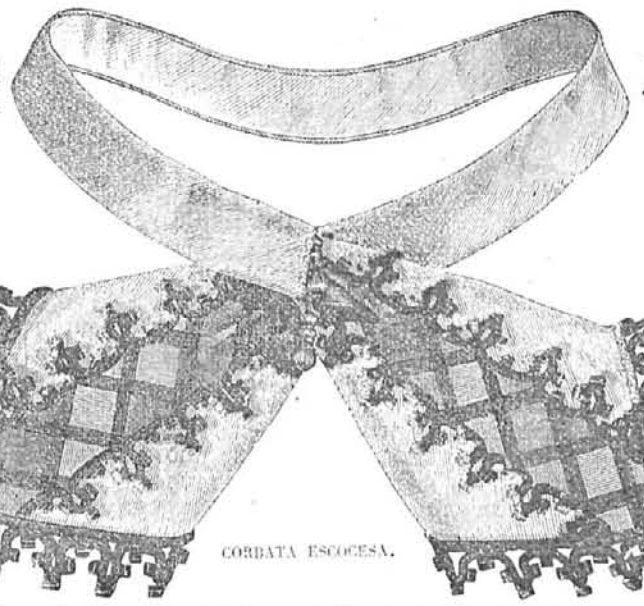
Hace bastante tiempo que soy abogado de los monges de Soligny. «Quien tiene tierra tiene guerra,» dice el proverbio, y los buenos de los monges, no obstante su voto de pobreza, tienen algunas posesiones muy buenas; así, pues, algunas veces se ven precisados á litigar con sus vecinos. Por lo demás, son unos clientes muy buenos; mas de una vez he ido á su convento, y siempre con sumo gusto.

La Cartuja de Soligny se halla situada á tres leguas de Mortagne, al pie de una colina y en el lindero de un bosque. En mi vida he visto un sitio mas solitario ni mas tranquilo. Ni las gargantas abrasadas del Tonus ni los *claus* de los Higblands, ocultos en las escabrosidades de las montañas, pueden dar idea de una paz mas profunda.

Al acercarse á las elevadas tapias que forman el recinto del convento, siente uno cierta impresion de respeto y de espanto. Se comprende que aquella no es una morada como otra cualquiera, y cuando se trasponen los austeros umbrales de aquella casa de Dios, involuntariamente se habla en voz baja, como si se entrase en un templo, como si se temiese turbar la meditacion y la oracion del claustro, á la vez que el silencio y el recogimiento de la naturaleza.

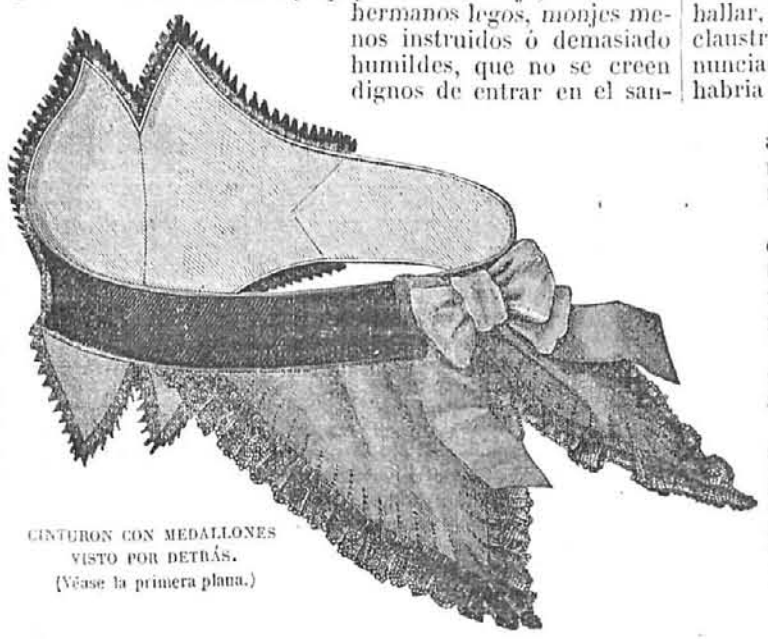
En uno de mis últimos viajes pasé una semana entera en la Cartuja; queria olvidar el mundo, descansar de mis fatigas, que son el fastidio, y luego *estudiar la vida y observar los ejercicios de los monges*. Me levantaba como ellos, por la noche, para bajar á la capilla. Situado en la tribuna del órgano, veia delante de mi dos prolongadas hileras de monges con la cabeza afeitada, envueltos en sus anchos hábitos blancos que caian en pliegues rectos y duros como el ropaje de las estátuas.

Permanecian allí durante horas enteras, graves é inmóviles en sus escaños de madera de roble, unas veces absortos en la muda oracion, otras entonando con voz sonora y varonil esas hermosas lamentaciones de los profetas, en las que el dolor tiene una expresion tan conmovedora que todos aquellos que sufren creen encontrar en ellas como un eco de su propio corazon. Algunas veces, por el contrario, un himno de la Iglesia triunfante, ó bien un cántico á la Virgen, entonado por voces frescas y suaves, se elevaba hasta el cielo, arrebatando en su vuelo, muy lejos de la tierra, todos nuestros pensamientos.



CORBATA ESCOCESA.

Fuera del coro y apoyados en la verja, estaban los hermanos legos, monjes menos instruidos ó demasiado humildes, que no se creen dignos de entrar en el santuario y se contentan con ofrecer á Dios la oracion murmuradora en voz muy baja por su fe temblorosa.



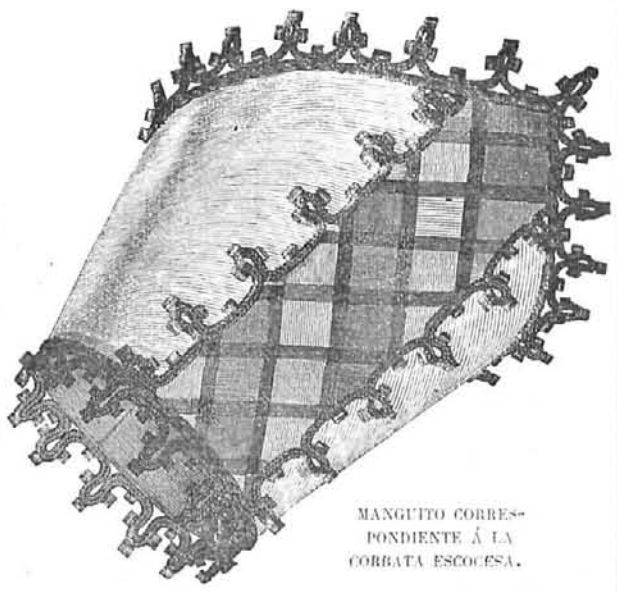
CINTURON CON MEDALLONES VISTO POR DETRÁS.
(Véase la primera plana.)

Entre ellos fijé mi atencion en uno á quien llamaban *Fray Juan*.

Este lego tenia treinta y cinco años escasos. Se le hubiera podido citar en la sociedad como un tipo perfecto de varonil belleza. Era de estatura elevada y de porte altivo. La regla inflexible del claustro no le habia doblegado todavía, y aun sin querer, de vez en cuando solia tomar bajo el hábito monástico la actitud altanera é imperiosa del que se ha hecho obedecer. Sin embargo, esto solo era, *por decirlo así, á manera de rápidos relámpagos*. Su rostro, por lo general pálido y enfermizo, parecia que estaba iluminado por su mirada, la cual despedia una luz azul, húmeda y simpática como una mirada de mujer. Veíanse en él á la vez la dignidad magistral de los grandiosos monges españoles de Zurbarán, y la meditabunda melancolía y la delicadeza enteramente francesa de las cabezas bosquejadas por Le Sueur.

El padre abad sabia escoger los hombres con ese tacto exquisito que es una de las virtudes del mando: habia señalado á Fray Juan para el servicio de los forasteros en calidad de hospitalero.

El hermano hospitalero, en obsequio de los huéspedes del convento, se halla exento de la regla de silencio absoluto, les acompaña á todas partes, cuida de que nada les falte, y aun satisface su curiosidad. Todos los que visitaban la Cartuja de Soligny se marchaban encantados de haber conocido al hermano Juan. Gustábale su exquisita dulzura, así como su lenguaje amable y elegante. Siempre respondia con la mas perfecta bondad, pero era fácil comprender que habria preferido no le interrogasen tanto. Sin embargo, su voz penetraba hasta el corazon: en su timbre nervioso habia algo que conmovia en estremo. Adivinábanse en él las emociones de un alma que aun estaba turbada.



MANGUITO CORRESPONDIENTE Á LA CORBATA ESCOCESA.

Al verle me imaginaba el Océano en el dia siguiente al de una tormenta. Hijo, como todos nosotros, de un pueblo inquieto, buscaba la paz sin poderla hallar, que no siempre se la *encuentra en un* claustro. Hacia dos años que fray Juan habia pronunciado sus votos, y edificaba á todo el convento: habria edificado á los santos,

—Ese, me decia algunas veces el padre abad, ha de ser la gloria de nuestra órden, á no ser que Dios, añadia con tristeza, le llame á sí antes de tiempo.

—Presentia yo una historia tan curiosa como una novela y hacia á fray Juan una multitud de preguntas. Siempre respondia, pero con suma brevedad y con ese arte supremo de pesar sus palabras y decir exactamente lo que se quiere y nada mas, arte tan necesario y que tan pronto se adquiere en la *sociedad*.

En una tarde de otoño, despues de un paseo largo y melancólico por el bosque umbrío, en el que ya el viento arrebataba las hojas secas, para regresar á la hospedería cruzamos por el cementerio del convento. En el momento en que pasábamos junto á la huesa abierta de antemano, que espera

© Biblioteca Nacional de España

sienpre á uno de ellos... sin que se sepa á cual, le dije, tocándole en el brazo:

—¡Hermano, que morir tenemos!

—¡Ya lo sabemos! me respondió con una sonrisa tranquila; pero no crea V. que nos damos nunca ese aviso lúgubre. Servirá, cuando mas, para procurar una declamacion á algun escritor de novelas; pero aquí seria completamente inútil. No es en el claustro donde se necesita recordar el pensamiento de la muerte. ¡La muerte! siempre se piensa en ella.

—¿Y aun acaso se la desea? repuse parándome.

—¡Algunas veces! respondió fray Juan mirando al cielo.

Juzgué propicia la ocasion; conté con uno de esos momentos de espansion y de confianza de que no siempre pueden librarse aun los mas reservados, y despues de un exordio que me pareció muy insinuante, le pregunté porqué concurso de circunstancias ó de desgracias habia llegado á abandonar la sociedad, en la cual debia ocupar tan buen puesto.

—Hablemos de V., si gusta, me respondió con marcada frialdad: yo no soy ya, no quiero ni debo ser del mundo... ni aun por mis pensamientos ni mis recuerdos...

Y como si hubiese temido una nueva pregunta, apoyó su mano en la mia, me la estrechó suavemente y me dijo:

—¡Ruego á V. que no me vuelva á hablar una palabra acerca de eso!

(Se continuará.)

se en el espaldar de una silla. Estrella, que la seguia, corrió á sostenerla; pero Doña Ana, guiada por el sentimiento del amor, se adelantó hasta el medio de la habitacion, y se colocó delante de César, cuya vida estaba cada vez mas amenazada; porque ya Victoriano fruncia las cejas de un modo siniestro; su rostro estaba encendido, y tenia todo el aspecto de un tigre que busca su víctima.

Don César de Gomez permanecia siempre en el umbral de la puerta. En efecto, semejante acogida debia sorprenderle.

—Ana, hermana mia, ¿qué significa todo esto? dijo al fin. ¿Qué es eso que dices de un César, de un enviado del cielo?

—Déjame cumplir un deber, respondió Doña Ana; déjame, aun antes de abrazarte, que salve á aquel á quien debemos la preciosa vida de nuestra madre; déjame que apele á tu noble corazon, á tu generosidad, una madre, y sin embargo sabia que cada hora de retardo aumentaba sus peligros! César, yo he respondido de la vida de este hombre, y espero de tí, como expresion de bienvenida de un hermano, la salvacion del que se ha compadecido de nuestro dolor no destruyendo un error que hacia feliz á nuestra madre, y que por una gran misericordia de Dios, se ha convertido en realidad. Ahora tú eres aquí el amo, todos esos que te acompañan obedecen tus órdenes. Haz honor á la palabra de tu hermana, y defiende á este hombre contra Victoriano y Don Manuel, que olvidan los deberes de la gratitud para seguir las inspiraciones del ódio. Muestra que un español, si sabe pelear contra los extranjeros, sabe tambien recompensar la generosidad con generosidad, volver honor por honor.

—Eso que cuentas es bien extraordinario, dijo entonces César de Gomez, interrumpiendo el profundo silencio que habia sucedido á las palabras de Doña Ana, y fijó su

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de fulard gris.—La guarnicion se compone de tiras de tafetan azul, rodeadas de encage negro. La tira principal se pone sobre el dobladillo en línea recta. Las otras suben un poco sesgadas hasta una altura de 12 á 15 centímetros. Unas especies de abaniquitos del mismo tafetan van puestos á cada lado de cada tira. Casaca con solapas y chaleco.

Trage de tafetan color de café claro.—Los adornos se componen de tiras de tafetan negro y entredoses de encage, con la red recortada, de modo que formen sobrepuestos de flores y de hojas. Corpiño-casaca semejante al anterior, visto por detrás.

CÉSAR DE VERMONT.

(Conclusion.)

—César! César! hermano mio! exclamó Doña Ana, lanzando un grito de satisfaccion indescriptible. Dios sea alabado, es César!

Luego volviéndose hácia su madre en el trasporte de su alegría, añadió:

—Madre mia, es él, es vuestro verdadero hijo, vuestro primogénito. El cielo os habia enviado otro César á prepararos para esta inmensa dicha. Miradle pues, y Dios os permita resistir tantas emociones.

Doña Jimena, sintiéndose desfallecer, trató de apoyarmas todavía, á tu reconocimiento; porque sin el sacrificio hecho por ese oficial extrangero, jamás hubieras vuelto á ver á nuestra madre.

César de Gomez, cada vez mas admirado, se adelantó algunos pasos, y escuchó atentamente la relacion que Doña Ana, con voz trémula, con encendida mirada y con agitado pecho, le hizo del singular error de su madre, de las atenciones delicadas del jóven oficial, de los peligros de su situacion Victoriano y Don Manuel permanecian inmóviles mostrando una cólera sombría. Doña Jimena, sostenida por Estrella, abriendo y cerrando alternativamente sus ojos, dirigia sus miradas, ya sobre su hijo, y ya sobre César de Vermont.

—Se ha quedado, dijo Doña Ana al concluir, se ha quedado, porque no ha querido destrozar el corazon de mirada sobre el rostro grave y resuelto de César. Eso que me has dicho es verdad?

—Don César, gritó una vez; yo, que te he criado con tanto amor, puedo dar fé de ello. Cuanto ha dicho Doña Ana es verdad.

—Estrella, tú eres una fiel servidora de nuestra familia, replicó César, dirigiéndose á la que acababa de hablar; pero en aquel punto todas las miradas se volvieron hácia Doña Jimena, que procuraba sacudir la especie de estupor en que habia caido, y que estendia la mano y movia la cabeza, como para afirmar la exactitud de las palabras de su hija.

—Victoriano, dijo Don César, si es así, el honor y la gratitud exigen que este hombre, que ha entrado en esta casa para anunciarme, la deje sano y salvo con cuanto

© Biblioteca Nacional de España

le acompañan. Lleva el uniforme del gran emperador, uniforme que yo mismo he llevado honrosamente, y al que he debido renunciar porque el grito de dolor de mi pátria me llama á sacudir un yugo extrangero. No he venido yo hasta aqui, á través de mil peligros y fatigas, para faltar á las leyes del honor, que me ha servido de guia durante mi vida entera. Juntos combatiremos contra la Francia, si España no puede sin combatir realizar sus deseos, pero no degollaremos á un hombre respecto al cual tenemos deudas del corazon, y que se ha mostrado generoso con nosotros. ¿No pensais como yo, habitantes de Oliente?

—Viva Don César, nuestro amo! gritó con exaltacion la gente que lo acompañaba. Victoriano y Don Manuel se miraban pálidos y sombríos.

—No se trata de él solo, dijo entonces el primero; á él le habriamos concedido la vida, pero no podemos dejar tambien partir un destacamento de húsares.

—Pues bien! gritó César de Vermont, hablando por primera vez, que se nos deje á mis húsares y á mi salir de Oliente sin oposicion; una vez fuera y en campo raso la suerte de las armas decidirá.

—Corriente, dijo César de Gomez; y ahora servíos darme á conocer á ese precursor mio, á eso otro yo, que me ha remplazado en mi casa paterna.

—Me llamo César de Vermont, respondió el oficial.

—¡De Vermont! exclamó Don César extremeciéndose; de Vermont! ¿No teneis una madre y una hermana, cerca de Paris, en Passy?

—Sí, ciertamente Dios mio! ¿qué les ha sucedido? preguntó asustado el jóven oficial.

—¡Oh! nada, nada! calmaos, replicó Don César adelantándose hácia él y tendiéndole la mano. En cuanto me es posible saber, ambas son felices. Hace dos años fui herido en un duelo en el bosque de Boulogne, duelo sin testigos. Cuando durante la noche, vuelto de mi desfallecimiento, busqué un refugio, la primera puerta á que llamé se abrió para mí: una señora y una bella señorita recogieron al pobre herido, le prodigaron sus cuidados durante muchos meses, hasta su completa curacion; y cuando manifesté mi reconocimiento á aquellas nobles damas, la madre me respondió que no anhelaba otra recompensa sino el ver que la mano de Dios protegia á su hijo cuando tuviese necesidad de socorro. Aquellas almas generosas eran vuestra madre y vuestra encantadora hermana, cuyo recuerdo no se borrará jamás de mi memoria. El cielo ha escuchado los votos de vuestra madre, puesto que me ha enviado aquí. César de Vermont, os será difícil retiraros y uniros á vuestro cuerpo sin peligro; pero hasta donde mi poder se extienda, tendreis seguridad en la sierra, así como todos los que vayan con vos. Venid, los momentos son preciosos. Ana, Estrella, cuidad de mi madre. Mi primer deber ahora es el cumplir con el que me impone un doble reconocimiento!

César creia soñar. Los ojos de Doña Ana brillaban con la mas pura alegria. Pero de repente su rostro se anubló, y volvió la vista hácia su madre. César comprendió que la dicha que habia experimentado se veia emponzoñada por el temor que le causaba su partida, porque para ocultar sus lágrimas, habia corrido á arrodillarse al lado de su madre. Comprendió entonces lo que pasaba en aquel corazon, y que para él no era ya posible el olvido.

—Adios, señora! dijo César con voz conmovida, y en cambio recibió de ella una última mirada. Victoriano murmuró una maldicion, y el oficial salió del cuarto, protegido y como cubierto por la poderosa estatura de Don César de Gomez, que caminaba al lado suyo.

Mas de siete años, llenos de terribles acontecimientos, habian pasado sobre la Europa, y la primavera de 1816 ostentaba al fin sus galas en el ya pacífico y afortunado jardin de España, cuando por el mes de Marzo un hombre á caballo seguia el camino de Valencia á Chiva. Estaba sencillamente vestido. Su rostro moreno, su barba afeitada de cierta manera particular, y una cicatriz en la frente, indicaban lo bastante que aquel ginete era un militar. Un criado, cuyo porte y maneras revelaban en él á un antiguo soldado, le seguia á cierta distancia.

La mirada brillante, aunque dulce, del caballero contemplaba con una expresion singular y casi melancólica las cimas azuladas de la sierra, que se elevaban hácia el norte. A veces parecia inquieto, y entonces excitaba á su caballo con la espuela. Otras caminaba lentamente, y hasta se detenia para mirar detrás de sí las llanuras de la Huerta, que ya resplandecia con su primaveral belleza. Despues de repente un velo sombrío parecia cubrir sus ojos; llevaba la mano á su frente y caia de nuevo en sus reflexiones.

—Milnier! gritó en fin el viagero.

—Mi general! respondió el criado, espoleando el caballo para aproximarse á su amo.

—¿Conoces tú aquella casita blanca que se vé allí entre las moreras? preguntó el general. Allí nos detuvimos en otro tiempo despues de nuestra salida de Oliente. Entonces estaba vacia. Ahora juegan los niños delante de su puerta; bien se vé que en este suelo reina la paz.

—Oh! sí, mi general, malos dias fueron esos de que hablais, y no solo para nosotros. Desgraciadamente, entonces fué cuando comenzaron los grandes infortunios!

Este viagero no era otro que César de Vermont, que habia llegado á general, despues de haber atravesado sano, salvo y jóven todavia, aquellos tiempos de fatigas y de peligros, de gloria y de reveses. Sus mejores amigos, y entre ellos Alfredo de Beaufort, dormian el sueño de la muerte en extrangera tierra. Su madre habia ido á unirse con su padre en la otra vida, y Antonieta su querida hermana, esposa de un oficial, tambien habia muerto en edad muy temprana no dejando á su marido y á su hermano sino dulces cuanto tristes recuerdos, y una graciosa niña. El jóven general se encontraba por tanto solo en un mundo que casi le era extraño, y á veces hostil; porque no era fácil á los soldados de Napoleon el poderse conducir en medio del trastorno de opiniones que siguió al primer imperio.

Pero pronto iba á decidirse su suerte. Iba á saber si estaba condenado á un eterno aislamiento, á una existencia quizá todavia larga, pero sin encantos, sin placeres.

El general y su criado continuaban su camino, unas veces en silencio y otras hablando con animacion, lanzando alguna vez sus caballos al galope, para volver á tomar luego un paso menos vivo. Frecuentemente el jóven general abria su vestido para respirar mejor, como si alguna cosa oprimiese su pecho.

Al llegar á cierto sitio del desfiladero de Andiga, hicieron alto por largo tiempo. En efecto, hasta allí habia don César Lomez acompañado al jóven oficial y á sus húsares en aquel dia de triste recuerdo. Allí fué donde aquel le estrechó su mano diciendo:

—Amigo mio, otra vez os doy mis cordiales gracias, y que Dios os proteja.

A lo cual César de Vermont habia respondido simplemente:

—Velad por doña Ana.

Aquí era donde de improviso se le habia presentado un hombre, que por la velocidad con que habia tenido que caminar llegaba sin aliento, y en el cual César reconoció á Diego, criado de doña Ana, encargado por su señora de conducir á los extranjeros por una ignorada trocha al través de la montaña, sin lo cual jamás habrian podido salir de la Sierra. Aquel hombre habia en efecto cumplido su encargo y guiado por las sendas de la montaña al destacamento, que solo marchaba de noche, hasta que hubo llegado á Murviedro, en cuya plaza se unió á las últimas tropas francesas que se retiraban. César desde entonces acá habia corrido muchas aventuras; pero el recuerdo de ninguna de ellas tenia el privilegio de conmoverlo tan fuertemente. Ninguna época de su vida se presentaba con igual prestigio á su imaginacion.

Los dos viageros siguieron su ruta, y antes de poco Oliente, dominado por el sombrio castillo de Gomez, apareció en un recodo del camino. Milnier observó que su general habia palidecido; pero tomando sin embargo un aire mas resuelto. El soldado no se muestra nunca tan tranquilo como cuando va á tomar una decision.

¿Qué es lo que iba á encontrar en el castillo de Gomez? En Valencia ninguna noticia habia podido adquirir; sabia ya que Don César era muerto. Un oficial francés le habia referido que murió de las heridas recibidas peleando por la independencia de su pátria. El mismo Don César habia dirigido algun tiempo antes á la Señora de Vermont, en Passy, una carta en la que le noticiaba el fallecimiento de su madre. ¿Pero qué habia sido de Doña Ana, de Victoriano, de Don Manuel? El general no habia querido nunca escribir, temiendo no recibir respuesta. Queria ir por sí mismo á indagar noticias, porque si no lograba hallar ya á nadie, á lo menos volveria á ver los lugares un tiempo habitados por la sola persona que le habia inspirado una pasion pura y verdadera, pasion no aminorada por el tiempo.

Una vez llegados á Oliente, el general y su criado se detuvieron delante del meson del lugar. El mesonero salió atentamente á recibirlos. César vaciló un instante, que para él fué un siglo, y al fin se atrevió á decir:

—Quisiera ir al castillo, ¿encontraré allí á alguien?

—Asi lo creo, caballero; Diego debe de estar allí.

—Quise decir alguno de la familia de Gomez.

—Parece que ha mucho tiempo que no habeis venido aqui, dijo el mesonero, porque de lo contrario sabriais que por desgracia no hay ya familia de Gomez. Solamente Doña Ana es la que vive.

César que durante un momento se habia puesto pálido como la muerte, llevó la mano á su corazon, cuyos latidos, suspensos á las primeras palabras de aquel hombre, habian vuelto á agitarse con violencia.

—¿Y Don Victoriano? preguntó entonces.

—Hace algunos años que murió, replicó el mesonero. Se dijo que pereció en una accion contra los gabachos; otros, sin embargo, afirman que murió de un tiro disparado por un paisano, al que habia ofendido por su arrogancia, porque era un amo violento y altanero.

—¿Pero no habia aquí tambien un amigo suyo llamado Don Manuel? continuó César.

—Oh! ya sé lo que quereis decir; ese era el que pretendia casarse con Doña Ana; pero ella lo rehusó á la vuelta de Don César. Don Manuel volvió entonces á Valencia, donde murió en un desafio. La señora vive allá arriba sola en el castillo; Diego es su mayordomo. Dios la bendiga, porque es buena para todo el mundo. Solo le falta algo mas de alegria; pero está siempre silenciosa, y no piensa mas que en rezar. La pérdida de su familia y su aislamiento parece que la afligen demasiado.

—Pero, Santa Madre de Dios! ¿Seria posible? Yo estaba entonces en el Castillo, y....el mesonero retrocedió un paso; acababa de reconocer á César.

—¡Silencio! amigo mio, le dijo entonces el general, deslizando en su mano una moneda de oro. Tomad, esto es por vuestro buen recuerdo.

Trepó entonces la escarpada montaña, y llegó á la cima sin darse cuenta de ello. Creyó solamente apercibir, como en un sueño, que Diego le recibia con una exclamacion de júbilo, que apenas respondia á sus preguntas, y que saltaba rápidamente de su caballo para correr al parque atravesando el castillo.

Al llegar allí se detuvo, se quitó el sombrero para que el viento de la tarde refrescase su ardorosa frente, y se puso á contemplar con recogimiento á una persona sentada debajo de un granado de ancha copa, cuyas espesas ramas pendian en todas direcciones, y la cual, inmóvil, paseaba su vista en el horizonte á través de los bosquecillos de mirtos y de olivos, sobre el pico de Santa Ma-

—CÉSAR! RESPONDIÓ ELLA LANZANDO UN GRITO: LUEGO SE SINTIÓ DESFALLECER.

© Biblioteca Nacional de España

ria, dorado en aquel momento por los rayos del sol poniente. El repentino vuelo de un pájaro pareció sacarla de su meditacion. César la vió entonces recogerse en sí misma y juntar sus manos, en ademan de dirigir á Dios una plegaria. Estaba pálida, muy pálida; sus facciones llevaban el sello de un dolor templado por la resignacion: pero su rostro conservaba siempre aquella nobleza, aquella dignidad, que en otros tiempos le hacian tan distinguido.

Levantóse del banco en el que estaba sentada, y se dirigió á paso lento hácia el interior del parque. Cuando al levantar sus ojos húmedos de lágrimas, vió á César que estaba en pié delante de ella, se detuvo como petrificada.

—¡Ana! murmuró el oficial.

—¡César! respondió ella lanzando un grito, y como herida por un cayo; luego se sintió desfallecer, y César la recibió en sus brazos.

Mucho tiempo pasó antes de que Doña Ana volviese en sí, antes de que comprendiese quien era aquel á quien volvia á ver, antes de que recobrase suficientes fuerzas para decirle, vertiendo lágrimas de alegría, que no esperaba ya verle y que le creia con todos aquellos á quienes tanto habia ella amado. Mucho tiempo, en fin, trascurrió todavía, antes de poder responderle que estaba pronta á consagrarle su vida, si Dios queria conceder derle una felicidad tan grande.

Durante algunos dias, en efecto, su estado hizo concebir á César graves inquietudes. La transicion violenta de la resignacion mas absoluta á la perspectiva de una existencia de las mas felices, habia trastornado su salud de una manera alarmante. Pero gracias á los cuidados asiduos de César y al esmero maternal de la vieja Estrella, sus fuerzas se restablecieron poco á poco, y la confianza, la alegría, renacieron en aquel corazon que, hasta entonces, no habia tenido otro consuelo que sus recuerdos. Las mejillas de Doña Ana recuperaron su frescura, y, antes de que concluyese el estío, la bendicion del sacerdote unió aquellos dos corazones, al pié del mismo altar en el que César vió arrodillada á Doña Jimena, el dia de su llegada al castillo.

Algunos años despues, César llevó á su esposa á Francia, y la condujo ante el sepulcro de su madre y de su hermana. El segundo hijo de este matrimonio tomó el apellido de la familia de Gomez, y habita aquel castillo, que fué tan querido de sus padres.

FIN DE LA HISTORIA.

EL CORREDOR DE PLAYA.

(CONTINUACION.)

—No, José, cuando salí para ir á Adinkerke, he encontrado á Bella que me habia precedido en el camino; dice que se dirigia á Adinkerke á desempeñar una comision, pero como de costumbre no ha hecho mas que vagar á un lado y otro sin darse cuenta de lo que hace: hoy por la mañana estaba aun mas pálida que de costumbre, sus ojos velados y hundidos, su voz tan triste que causa compasion.

—¡Pobre niña! murmuró el pescador. Seria una crueldad no consolar sus penas.

—¿Y qué puedes tú hacer, José?

El pescador, despues de un instante de reflexion en el que pareció coordinar sus ideas, exclamó:

—Desde la noche horrible en que Bella me acompañó al mar para salvar al noble emigrado, una pena secreta destruye su corazon....aquella noche me prometió ser mi mujer.

—¿Aun piensas en el incidente de aquella noche?

—¿No advertisteis, madre, que mi prima palideció de repente y empezó á derramar amargo llanto?

—Ya lo creo. Ir á hablar de matrimonio á una criatura que está enferma y triste.

—Vos le hablasteis, madre: yo evito hasta la menor alusion, porque he observado que la idea de ese matrimonio entristece á mi prima.

—¡Qué disparate! No admitas semejantes locuras en la cabeza. Siempre nos inclinamos á pensar lo peor: el sitio de Nieuport no durará mucho tiempo, Bella sabrá si M. de Milval está en salvo ó muerto, cesará su inquietud y recobrará la calma perdida. Entonces será tiempo de hablar de ese matrimonio.

—Ese matrimonio no está aun hecho.

—Lo estará, á menos que tú, con tus extravagancias, no vayas á oponerle algun obstáculo. Sé prudente, razonable; considera qué vida tan dichosa nos aguarda: viviremos todos en la misma casa del padre Stock y de Bella. ¡Estar siempre juntos? ¡Hablar, oir leer, consolarse y quererse! Ni un instante me separaria yo de mi pobre hermano ciego: ¡cómo trataríamos todos de hacer felices sus últimos dias!

—Cierto, madre; pero si esa felicidad hubiéramos de comprarla á costa de la de mi prima...

—¿Y quién te dice que Bella no será tambien dichosa?

—Es jóven y hermosa; yo soy viejo y feo...ella tiene inteligencia, yo soy un zoquete...

—Pero, Dios mio, ¿es posible que haya hombre que tenga tan mala idea de sí mismo? ¿viejo y feo tú, tú que estás fuerte como un roble? Si te quejaras de tu gran robustez, lo comprenderia. Y porque yo te riña alguna vez diciendo que eres majadero, ¿vas á creerte tonto de veras? Tambien te he dicho siempre que tienes un corazon de oro, y eres incapaz de hacer daño á una mosca.

—No importa, madre, no se debe unir lo que Dios no creó para estar unido.

—Eso no lo has inventado tú; habrás visto quizá á Ko el corredor durante mi ausencia.

—Desde ayer que le llevé el pucherito de caldo que vos me disteis, no he podido verle; ya sabeis que está malo en la cama. Además, Ko Sael no habla ya de Bella.

La anciana se dirigió al fuego, tomó la olla, y mientras salia con ella por la puerta de atrás, exclamó:

—Créeme, José, desecha esas tonterías de tu cabeza, aguarda que el sitio de Nieuport termine, y verás cómo tu prima es la primera que insiste en ser tu mujer. Su eleccion no es tan mala como tú te figuras: verás qué dichosa es contigo.

El pescador movió su cabeza; una sonrisa de duda plegó sus lábios, y en su expresion manifestó que las palabras de la anciana no le habian convencido.

La tia clara volvió de nuevo y dijo:

—Vamos, José, la legia se está enfriando en la cueva; vamos entre tanto á hacer compañía á mi hermano; el infeliz sufre mas que su pobre hija. Muéstrate alegre, José, y por Dios no hables de matrimonio.

José salió de la cabaña con la tia Clara; pero apenas habia andado diez pasos exclamó:

—Adios, madre, hasta luego.

—¡Calla! crei que venias conmigo á casa del padre Stock. Tienes una cabeza como un molino de viento. Vas á pasearte inútilmente entre las dunas; mas te valia aprovechar el tiempo en consolar á los amigos.

—Quizá de este modo lo consiga mejor que vos.

—Pero señor, ¿qué se le ha metido en esa cabeza? murmuró la tia Clara siguiéndole con la vista. No me asombraria que hiciera una barbaridad.

José apretó el paso hasta desaparecer por entre las dunas, siguiendo maquinalmente el camino de Adinkerke; poco á poco fué acortando el paso, y en su gesticulacion se comprendia que sostenia consigo mismo un animado diálogo.

Despues de haber seguido durante algun tiempo las revueltas del sendero, subió á la cima de una de las dunas, y allí un grito de sorpresa se escapó de su pecho. Su prima se acercaba por aquel mismo sendero.

La pobre niña, que en otro tiempo cautivaba por la ligereza de su paso y desenvoltura de sus movimientos, caminaba ahora lentamente con la cabeza caida sobre el pecho.

El pescador, conmovido, comprimió un suspiro y se adelantó al encuentro de su prima, que no le apercibió hasta estar á su lado.

—¡Ah! José, dijo entonces con lágrimas en los ojos, ¡soy muy desgraciada! Esta mañana al despuntar el dia se han batido horriblemente en Nieuport, y los cañones se han oido durante una hora larga. ¡El desgraciado M. de Milval...quién sabe...quizá ya no exista!

—Dominad vuestra ansiedad, prima, murmuró conmovido el pescador: en el sitio de una plaza se hacen maniobrar los cañones sin que esto signifique gran cosa. Si no teneis noticias mas ciertas...

—Sí, las tengo de que se han batido.

—Aun eso no es para entristecerse, Bella. Lo probable es que vuestro protegido esté ya á bordo de un buque inglés.

—¿Él huir ante el peligro? no le conoceis.

—¿Y para qué podria ser útil en Nieuport con su brazo aun sin fuerza?

—No, su brazo debe estar bueno enteramente; y aunque no, con la mano derecha puede sostener la espada; esto basta, yo lo sé. ¡Ah! haber hecho tanto por él, haber expuesto vuestra propia vida para salvar la suya, y que caiga ahora atravesado de un balazo: yo estaba demasiado orgullosa con mi obra; Dios no me permite la gracia de verla cumplida.

—Bella, hija mia, no desconfies así, yo, como vos, compadezco á M. de Milval; pero aun no sabemos lo que el Señor ha dispuesto de su suerte: si estuviera á bordo de un navio inglés, como yo creo; si se hubiera salvado de cualquier otro modo, ¿vuestra tristeza no seria una ofensa á Dios? Aguardad al menos para desesperar á que ya no haya esperanza.

Estas palabras parecieron hacer alguna impresion en la jóven, que murmuró con mas conformidad:

—¡Oh! José, quiera el cielo que vuestras predicciones se realicen, pero mi tio Luis dice lo mismo, que ningun emigrado escapará vivo.

—¡Qué sabe él! á veces se pasa por entre las balas y se escapa con vida. ¿No creeis que os contaria Dios como un gran pecado ese temor que altera vuestra salud por una desgracia que no sucederá acaso?

La jóven estrechó con reconocimiento ambas manos del pescador, y repuso:

—Nadie como vos lograria consolarme, si no me persiguieran espectros que no me dejan tregua ni reposo. Veinte veces le he visto caer, he visto correr su sangre, he oido su último adios...

—¡Esos son sueños!

—¡Y siempre lo mismo, primo! ¡Dormida, despierta, ociosa, ocupada, siempre le veo delante de mis ojos! Alguna vez me vuelvo vivamente creyendo que me llama.

—¡Pobre prima! Dios os dé fuerza y consuelo, repuso el pescador, mientras dos lágrimas surcaban sus megillas.

—Gracias, José, gracias; teneis piedad de mí, ¿no es cierto? Pero no os aflijais, me habeis consolado algo: yo trataré de esperar.

—Sí, Bella, sí, reponeos: si el interés de vuestra propia salud no lo logra, acordaos de que teneis un padre ciego; ¿creeis que al saber que su hija sufre y languidece, no sufrirá él cien veces mas que vos?

Bella inclinó la cabeza y murmuró:

—Sí, soy culpable, muy culpable; ¡pobre padre mio! ¡debe sufrir cruelmente, y yo, desdichada, no logro vencerme para consolarle!

—Vamos, prima, volvamos á casa: mostrad un poco de valor y consolad á vuestro padre con algunas frases cariñosas.

—Sí, vamos, repuso Bella acelerando el paso; vos sois bueno para mí: con cuánto gusto voy á seguir vuestro consejo.

Y caminaron algunos instantes uno al lado del otro, sin cambiar una palabra mas: quizá Bella habia vuelto á caer en su sombría meditacion. En cuanto á José, por dos ó tres veces fué á articular algunas frases que espiraron en sus lábios. Por fin pareció vencer su vacilacion, y dijo:

—Bella, escuchad lo que voy á deciros, y no dudeis de que lo siento con sinceridad. La noche que vinisteis á llamarme para salvar á M. de Milval, me prometisteis ser mi esposa, ¿no es verdad?

—Cierto.

—Pues bien, Bella, os devuelvo vuestra palabra.

—¡Cómo! ¿Rehusais mi mano, José?

—Sí tal, ese matrimonio no os haria feliz.

—No hableis así, José, dejadme pagar la deuda que he contraido.

—Vos no teneis deudas conmigo, Bella. Lo que hemos hecho por nuestro prójimo Dios se lo contará á cada uno de por sí.

—¿Os burlais, primo?

—Mi resolucion es irrevocable.

—¿Y me amais?

—Si no os amara con toda mi alma, aceptaria vuestra mano, Bella; pero os respeto y os amo demasiado para comprar mi dicha á precio de la vuestra.

—¡No os comprendo, José! Rehusais mi mano y decis que seriais dichoso si yo fuera vuestra esposa.

—Sí tal, si pudiera ser sin que vos fuérais desgraciada. ¡Dios lo sabe, él que lo sabe todo! Desde algunos dias, cuando se habla de nuestro matrimonio, palideceis, tambien...

—¿Yo? os engañais, José.

—Anoche, cuando la tia Clara habló de eso, gruesos lagrimones se escaparon de vuestros ojos: ¿porqué echasteis á llorar tan de repente, prima?

—No sé, murmuró la jóven turbada; ¡mi cabeza está tan trastornada!...

—No, Bella, no; es vuestro corazon el que rechaza este matrimonio.

La jóven calló y bajó sus ojos.

—Sed razonable, prima; mas vale tratar las cosas antes de que sea tarde.

Adelantaron algunos instantes en silencio, y despues, como reuniendo todo su valor, la jóven exclamó:

—¿Me amais, José?

—Mas que á la luz de mis ojos.

—¿Y si fuérais mas jóven, os creeriais dichoso al ser mi marido?

—Tan dichoso como un ángel en el cielo.

—Es decir, que sacrificais vuestra dicha por miedo de que me cause á mi pesar? Veremos quién es el mas generoso.

—¡No, por favor! Desistid de semejante empeño; ved que estamos cerca de nuestra casa y no podemos seguir esta conversacion en presencia de vuestro padre y de vuestra tia.

—Pues bien; José, insisto en ello: no me deis ese nuevo pesar.

—Ved que Dios me pedirá cuenta de mi egoismo.

—No sois vos el egoista; yo os hice una promesa solemne, arrastrándoos á un gran peligro: despues que le sufristeis por mí, ¿quereis que falte á mi palabra?

—Si no sois vos, si soy yo quien os la devuelve.

—Basta, José; si Dios quisiera escuchar mi súplica, si yo tuviera la seguridad de que M. de Milval estaba en salvo, ¡qué dichosa os seguiria al altar!

—Silencio: hemos llegado.

Y dichas estas palabras penetraron en la cabaña; Bella corrió á abrazar á su padre, José tomó asiento junto á la tia Clara.

—Ya ves cómo tus temores eran infundados, repuso el anciano, que notó la voz de su hija mas serena. ¿Qué noticias traes?

La jóven vacilaba sin responder, y José observándolo, se apresuró á exclamar con ligereza:

—Nada, padre Stock; dicen que esta noche se han oido cañonazos, pero eso es natural, dispararán contra la plaza hasta que se entregue.

Mientras él pronunciaba estas palabras, dirigia una mirada á Bella como animándola á tener piedad de su padre: esta, comprendiéndolo, repuso con afectada alegría:

Sí, padre, no tenemos por qué apurarnos, José me ha querido probar que M. de Milval debe estar ya á bordo de un navío inglés, y me siento mas consolada.

—Así me gusta, hija mia, repuso el padre Stock abrazándola con ternura. No te dejes abatir, ten confianza siquiera por mí; ¡no sabes lo que he sufrido estos dias.

—Perdonadme, padre: he comprendido vuestros sinsabores y me han arrancado lágrimas; pero en vano queria dominar mi inquietud: ¡gran Dios! ¡un soldado! ¿que puede buscar?

Un triple grito resonó en la cabaña.

—Dios sea en esta casa, exclamó el soldado en aleman desde el dintel de la puerta.

José y la tia Clara se acercaron á él, que dijo entonces:

—¿Quién vive en esta casa?

© Biblioteca Nacional de España

—Simon Stock.

—¿Dónde está? tengo que hablarle á él mismo.

La tia Clara y José se acercaron al soldado exclamando:

—En casa está, le haremos salir.

Y el padre Stock, conducido por su hija, salió á la puerta de la cabaña; todos rodearon al soldado con inquietud, pero él les hizo seña de que se alejaran, exclamando:

—Volved á la cabaña; tengo que estar solo con el ciego.

Obedeciéronle, y entonces el soldado sacó un envoltorio que puso en las manos del anciano, diciéndole al oido.

—El capitan ayudante Stock me ha entregado esto para vos, que creo que es un regalo de uno que conoceis mucho; guardad el mas profundo secreto, y adios.

Y diciendo estas palabras, montó en el caballo que habia dejado á corta distancia, y se lanzó á galope sobre las dunas.

(Se continuará.)

BIBLIOGRAFIA.

ERNESTO RENAN, ANTE LA ERUDICION SAGRADA Y PROFANA. POR EL ILLMO. SR. D. ADOLFO DE CASTRO.

El filosofismo del siglo décimo octavo, al combatir con tan implacable saña al cristianismo, no se propuso erigir sobre sus ruinas ninguna nueva doctrina religiosa, ni menos sustituirle con alguna de las otras ya conocidas creencias; su obra debia ser exclusivamente una obra de demolicion; y tanto fué así, que los revolucionarios franceses de 1793, en todo el apogeo de su delirio irreligioso, no pudieron conservar sino cinco meses su extravagante culto de la diosa *Razon*, representada, como es sabido, por una vil prostituta.

Esto quiere decir, que siendo los principios filosóficos de aquella escuela esencialmente ateos, todo culto, aun el de aquel ridículo simulacro, tenia por fuerza que estar en contradiccion con las doctrinas que habian dado orígen á la revolucion francesa. No se habia, pues, trabajado con tanto ardor para crear nuevos dioses, sino para acabar con todos; pero aquellos hombres, en su satánica insensatez, fueron bastante ilógicos para no conocer que sus maestros se habian propuesto solo establecer el indiferentismo religioso, mil veces peor que la mas errada creencia.

Estas perniciosas semillas, doloroso es confesarlo, no se difundieron en valde, y el indiferentismo hizo numerosos prosélitos; era una táctica sagaz la suya, porque era diabólica. Las persecuciones, digeron aquellos hombres para sí, hicieron fructificar la palabra de los discípulos de Cristo; la religion del Crucificado se alzó en medio de ellas robusta, lozana, grande, y la sangre de los mártires hizo que el Santo árbol de la Cruz extendiese sus frondosas ramas por toda la tierra, despues de cobijar el trono de los Césares. La persecucion engendra ódios, subleva contra sí á la humanidad. Tomemos otro camino menos ágrio y mas seguro; procuremos que los hombres no se cuiden de la religion, que no tengan creencias, y entonces habremos logrado nuestro objeto sin escándalo, sin sangre, sin controversia siquiera.

Esta era una especie de consigna, á que habian obedecido los mas de los sectarios de la escuela anti-cristiana. Era un sistema cómodo. Sin embargo, Mr. Ernesto Renan ha tomado otro camino, que si podrá ser beneficioso á sus propios intereses, no lo será de seguro al interés de los principios de su escuela, y menos aun al de su propia fama. Ha publicado un libro con el título de *Vida de Jesus*, que si bien ha sido grande ocasion de escándalo para los hombres de fé, tambien ha dado motivo á un gran número de escritos, que al poner de manifiesto sus innumerables inexactitudes, sus falsedades, al pulverizar sus miserables sofismas, sus pobres argucias, han levantado á gran altura la enseña cristiana, probando al par la divinidad de Jesus, malamente combatida en aquel impio y asqueroso libro.

Entre estos campeones de la verdad, se ha lanzado tambien á la arena de este noble combate nuestro buen amigo y distinguido compatriota D. Adolfo de Castro, una de las mas legítimas honras literarias de Cádiz. Su folleto se intitula: *Ernesto Renan, ante la erudicion sagrada* y *profana*, y ya por el título se comprende que el Sr. de Castro se propone en primer término probar que esa erudicion, de que tanto alarde hace Mr. Renan en su obra, y que tanto pretenden encomiar sus parciales, no es mas que un fantasma que se desvanece al querer tocarlo, y que todos sus supuestos argumentos no tienen de suyos sino el habérselos querido apropiar, haciéndolos pasar por nuevos y peregrinos, siendo, como son, tan viejos que cuentan por lo menos de fecha diez y siete siglos; argumentos que entonces fueron ampliamente contestados y victoriosamente rebatidos. Tales son las novedades con que Mr. Renan ha pretendido labrarse un pedestal, desde donde pudiese presentarse al mundo como gran pensador, esplotando la general ignorancia.

El pensamiento del Sr. de Castro no se concreta exclusivamente á combatir la obra de Mr. Renan; su folleto es, como el autor mismo lo anuncia, una *Apología por la verdad de la religion cristiana contra los filósofos modernos*; pero como quiera que en la nueva *Vida de Jesus* se han querido condensar, por decirlo así, todas las impiedades del mal llamado filosofismo, de aquí que el escritor gaditano haya tenido que ocuparse mucho mas especialmente de ese libro, que tanto ha dado y da todavía tanto que hablar á las gentes. Por eso en los primeros capítulos de la *Apología* solo se menciona por acaso y como de pasada á Mr. Renan, cual uno de tantos que con mas saña que fortuna han pugnado en todos tiempos por destruir la Iglesia fundada por el Divino Verbo encarnado, cual si ella pudiera sucumbir nunca, cual si no estuviese escrito que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

En estos primeros capítulos, en que la materia es menos concreta, y en que por tanto el autor puede dejar que su pluma remonte mas alto su vuelo, es donde el Sr. de Castro se presenta mas atractivo con la elocuencia del corazon, con la vehemencia de sus convicciones. Oigámosle:

«Pero ¿qué superioridad y qué hay de nuevo, y qué de honroso en vosotros por los escritos vuestros, ya os llameis Voltaire, Dupuis, Volney ó Clootz, ya os denomineis Strauss, ó Baner, ó Feberbach, ó Daumer, ó Hegel, ó Renan, sea cualquiera vuestra nacion, sean cualesquiera vuestros estudios profundísimos, en ciencias, que cuanto mas estudiásteis menos comprendísteis?»

«Yo os niego la originalidad que creis tener, en tanto que la verdadera sabiduría os niega el honor que ambicionais y que jamás podreis conseguir. ¿Quienes sois vosotros que todo sabeis y lo que sois ignorais? Yo, el mas ignorante de cuantos profesan la Fe de Cristo, voy á deciroslo, porque no lo ignoro. Sois, sin advertirlo, servilísimos imitadores de otros: sin advertirlo, sí; pues si lo advirtiérais el rubor asomaria en vuestras megillas, al comprender tanta degradacion é ignominia tanta. Vosotros, con toda vuestra sabiduría, que cada uno imagina tener sin semejante, no haceis otra cosa que repetir lo que los groseros vecinos de Nazareth decian al ver las maravillas que Jesus obraba: «¿No es este el artesano, el hijo de María? ¿No conocemos á sus parientes? ¿De dónde ha venido á este la ciencia y tal virtud.» Vosotros sois como los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, que exclamaban: «Pues qué! ¿de la Galilea ha de venir el Cristo?» Vosotros no sois otra cosa que el eco del clamor furibundo de la mas soez canalla hebrea, que en Jerusalen negaba á Jesus la divinidad y pedia su muerte.»

Despues de esta, que podremos llamar primera parte, entra el Sr. de Castro á ocuparse de la obra de Mr. Renan, y prueba que todos sus argumentos están tomados de un libro de Celso, filósofo epicúreo que floreció en tiempos del emperador Adriano, y que fué victoriosamente contestado en el mismo siglo por Orígenes. De aquí resulta que cuanto ahora saca á luz el filósofo francés, fué ya impugnado, y sin réplica, en el segundo siglo de la era cristiana. Esto se llama burlarse del siglo décimo nono; esto se llama querer pasar á poca costa por hombre de talento y de ilustracion. ¡Pobre filosofía anti-cristiana, que nada ha podido inventar en diez y siete siglos!

El folleto, pues, del Sr. Castro, es una obra bien pensada, superiormente escrita, y que revela una erudicion portentosa, así en las letras sagradas como en las profanas. Es una obra, en fin, digna de la brillante pluma del distinguido escritor gaditano.

Tal piensa de ella el Illmo. Sr. Dr. D. Antonio Ramon de Vargas, dignísimo Dean de esta Sta. Iglesia Catedral, en la censura é informe que de órden de nuestro prelado escribió, y que va puesta en cabeza del opúsculo, al que califica de *trabajo de gran mérito*. Al lado de la autorizada palabra de este sabio sacerdote debe valer muy poco nuestra opinion; pero habrá de suplirse ese poco con los muchos quilates que adquiere por la aprobacion y el encomio que de este escrito hace una persona tan docta como lo es el Illmo. Sr. Vargas.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

ADVERTENCIA.

En vez del figurin iluminado correspondiente á este número, repartimos un lindo dibujo de tapicería de colores. Así damos mayor variedad á los objetos y proporcionamos un nuevo y excelente modelo de labor á nuestras suscritoras, muchas de las cuales nos han manifestado deseos de que no las privemos absolutamente de estos dibujos, no menos bellos que útiles para un gran número de aplicaciones.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ. 1864.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

A LOS SRES. SUSCRITORES DE LA MODA ELEGANTE.

Los que actualmente sean suscritores á la *Moda Elegante* y deseen adquirir los tomos de 1861, 1862 y 1863, ya encuadernados, se los cederemos por la corta suma de **ciento sesenta reales vellon.**

Los referidos tomos contienen mas de 2.500 dibujos de labores de crochet, bordados de multitud de clases, figurines de señoras y niños, música, etc. y mas de **90 tomos de novelas** morales é instructivas, unas originales y otras traducidas.

Tambien venderemos sueltos los referidos tomos á los precios siguientes:

El respectivo	á 1861.	por 25	reales vellon.
"	á 1862.	por 100	"
"	á 1863.	por 90	"

A esta rebaja solo tienen derecho los actuales suscritores al periódico.

El importe de los pedidos podrá remitirse en sellos de correo ó en libranzas sobre Tesorería, debiendo certificarse las que contengan sellos para evitar extravíos.

Los pedidos se dirigirán al Administrador de *La Moda Elegante*—CADIZ.

En América fijan el precio los Sres. Corresponsales.

© Biblioteca Nacional de España